

Siempre hay alguien que empuja para adentro

Jesús Vicente García

I

LUPITA URIBE tenía unas piernas y un trasero que al caminar sobre Insurgentes hacía girar más de tres cuellos masculinos. Su arma: un pantalón de mezclilla ajustado, veinticuatro años y el levantamiento de ceja al estilo Lilia Prado. Dicen que un vendedor de periódicos, al estar dando un cambio, volteó a verla y así se quedó, como la mujer de Lot. Cuando pasamos Lupita y yo, me dijo: “ese viejo es un mirón. Se me hace que ese collarín se lo ganó por andar viéndole las nalgas a las viejas”.

II

El 15 de marzo de 1994 me formé desde las cinco de la mañana en la taquilla del metro Lázaro Cárdenas; fui de los primeros en comprar el boleto denominado abono de transporte. El número del boleto de esa quincena fue el 184, amarillo, y fue el que utilizamos todos los defeños el mismo 23 de marzo cuando mataron a Colosio, el candidato a la presidencia. La mañana era fresca, el día caluroso. Es importante el suceso del candidato, porque Lupita comenzó a hablar del asunto en la redacción donde nos hallábamos como diez comunicólogos; el jefe quería gente joven con gusto hacia las letras y la cosa periodística. La mayoría entramos el mismo día, en mayo de 1993 (durante el boleto 164), cuando asesinaron al obispo de Guadalajara. Así es la cosa en



Ilustraciones: Beatrix G. de Velasco

eso de vivir de las noticias, algún suceso tiene que ser la marca temporal, y en este caso fueron los homicidios.

Coincidíamos en el camión que nos dejaba enfrente del 132 de Insurgentes Centro, edificio Mallorca. Un año entero sólo nos saludábamos; la acompañaba su novio. Lupita tenía mucha personalidad. Se me figuraba mucho a Lilia Prado, y una mujer así espanta. En la redacción compartíamos grabadora para el monitoreo, el café matutino y en ese descanso de cinco minutos todos hablábamos de asuntos políticos, porque la síntesis informativa de eso trataba. Lupita medía uno sesenta, pierna y trasero bien formados, cabello castaño, piel blanca, aroma voluptuoso. Sus pantalones de mezclilla embrutecían al más puesto. Cuando me vio el abono de transporte 184, que terminaba ese día, me preguntó qué tan difícil era adquirirlo en donde yo vivía, y sin más le dije: te consigo uno. Así comenzó mi intento de galán a mis veinticuatro años. Yo tenía novia, pero quería con Lupita. Aquel día de marzo llegué corriendo a la redacción con el boleto, que parecía más un ramo de flores a causa del efecto que tuvo. Me abrazó y me apretó contra su pecho. El tema del boleto multimodal se adueñó de la mañana al salir del trabajo. Notaba cómo los hombres se la comían con la mirada. Yo me sentía Mandibulín: nadie me respetaba. Ella fingía no notarlo. Bromeaba al decir que qué le veían y se tapaba el trasero con su morral.

Un día antes de lo de Colosio quedamos de ir a ver *Frankenstein*, pero me canceló y tuve que ir con Carmen, mi novia. Al salir del cine Las Américas, en una tienda de electrodomésticos sobre Insurgentes, la gente veía los televisores, y una señora que vendía tacos de birria (con consomé gratis) dijo: “éste ya no sale vivo. ¿Quién aguanta un plomo así en la cabeza?”. Compré la Segunda o Tercera de *Excélsior*. Aún no confirmaban la muerte de manera oficial. Al entrar al metro, recordé a Lupita y le dije a Carmen que me esperara y llamé por teléfono: “Dice Francisco (el jefe) que nos quiere en la redacción”. Carmen quería acompañarme. No se lo permití. Esa noche nos quedamos monitoreando radio, televisión y prensa. A las siete y media de la mañana, con apenas una pestañita de quince minutos, me fui corriendo a Villa Coapa, a mi otro trabajo, y Lupita se aferró en acompañarme. Carmen me llamó como treinta veces a la oficina gubernamental en que yo laboraba. En tanto, Lupita



se quedó dormida en un cubículo de Comunicación Social. El jefe del departamento la quería conocer. A partir de ahí, me trató mejor. Al día siguiente me dijo: “¿Dónde está esa Lilia Prado que trajo usted?”

El día que velaron a Cantinflas en Bellas Artes, en abril, los compañeros de la redacción acordaron ir a la salida. Llamé a la oficina, y me dijo mi jefa inmediata que le llevara una crónica del cómico para la gaceta en la que escribía. Hacía un calor del demonio. Ese jueves, a las diez de la mañana, la fila para entrar a verlo era gigantesca. Todos se formaron. Lupita no quería entrar y, a decir verdad, yo tampoco, así que nos escapamos entre las calles del centro histórico. Para entonces, el boleto era el 186, se lo volví a conseguir. En un café de Bolívar platicamos como tres horas y ella misma me ayudó a hacer la crónica, que no publicaron. También supe que ya no tenía novio.

III

Nos veíamos a las cinco y media de la mañana en el metro Revolución todos los días; me compartía de su yogur y yo ya tenía las respectivas guajolotas para el camino. Lupita, hay que decirlo, era una buena lectora. Habíamos leído, de común acuerdo, *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, y decidimos irnos de pinta, una tardecita, a conocer esa ciudad juntos, esa ciudad que el narrador nos señala. Fue durante el boleto 187, en mayo, que quedamos de ir a la Glorieta de Insurgentes, a un bar rocanrolero que se llamaba La Casa del Canto. Le dije a Carmen que ese día no podía verla, tenía que ir a la redacción a monitorear noticias, porque Francisco nos urgía acudir, “y es una lana, Carmenchu, es una lana”.

Todo estaba perfecto, hasta mi camisa blanca, mi perfume, mi aseo en el trabajo, verifiqué que tuviera mi boleto 187 a la mano, mis zapatos cafés boleados. Se presentó Lupita con una minifalda negra y blusa roja que podía enloquecer a cualquiera, y luego su perfume *360 grados*; cuando la saludé se me quedó impregnado en la mejilla.

IV

Al calor de las cervezas y las piñas coladas, empezamos a cantar y a vitorear al grupo que se la rifó con rolas del Zeppelin, los Doors, los Rolling, y nos abrazábamos, y en pleno solo de batería en “Escalera al cielo”, Lupita hablaba cerquita de mi rostro; sus labios gruesos, rojos, estaban para comérselos, y sí, me los comí. Me abrazó y me dijo al oído: “¿Te imaginas que lo supiera tu novia?”, y se reía. No me dio tiempo de contestar, pero se me puso la piel de gallina, una combinación entre temor a la novia y gozo ante esta mujer. El grupo descansó y pusieron música de fondo, Kansas y algo del Gran Funk. Pidió otra margarita y otra cerveza clara. Me platicó del

fracaso de su última relación amorosa, la engañaron con otra “vieja fea”. Lloró en mi hombro. “¿Lo querías mucho?” “Para nada, es que tú eres bien a todo dar y tienes novia y... no me hagas caso, estoy loca”, y me besó. Uno empieza a comparar y la verdad Carmen era también a todo dar y hasta más alta que Lupita y con muy buenas formas, un poco mimada, niña bien y algo tonta en sus charlas, pero de gran corazón; Lupita era más culta y con menos prejuicios. Sentí la diferencia: abrazar a Lupita era muy fácil, mis brazos la alcanzaban muy bien; con Carmen no tanto, porque era grandota y más ancha, más pesada, aunque eso no me molestaba. Con Carmen me faltaban brazos, con Lupita me sobraban. Entre las mesas pequeñas de madera, una pareja comenzó a bailar cuando tocaron “Gloria”, y nosotros también nos aventamos al ruedo.

v

Lupita vivía cerca del Reclusorio Oriente, en Iztapalapa. Hasta allá la fui a dejar. El regreso, en el pesero, se me hizo eterno al metro Constitución. La vejiga me estaba haciendo una mala pasada y yo sude y sude. En Coyuya me bajé, por ahí había una cantina. Así que aproveché para tomarme un tequila. No tardé ni media hora y ya estaba en el andén esperando el metro rumbo a casa cuando escuché mi nombre mediante una voz que me hizo estremecer. Era Carmen. Venía de UPICSA. Yo olía a alcohol a un kilómetro. Me saludó de beso.

—¿No que ibas a monitorear? —Carmen me vio de cabo a rabo y en su mirada se le notaba el enojo y la desconfianza, hasta sus anteojos se le empañaron.

—Es que Francisco nos invitó un trago por acá, ya sabes.

—¿Por estos rumbos?

—Ya sabes cómo es esto —me sentí un idiota en su máxima expresión.

—¿Y Francisco usa carmín y te besa y te abraza?

Tenía el cuello de la camisa lleno de lápiz labial y también el pescuezo y cerca de la boca. Todo yo olía a perfume de mujer. Dije que las compañeras tan bromistas lo hicieron, ah, pero no nomás a mí, uuh, hubieras visto a José, lo dejaron peor, y eso sí, nosotros igual las dejamos oliendo a perfume de hombre. Carmen nomás me veía y ya tenía unos lagrimones escurriendo. Le di mi pañuelo, la quise abrazar, me empujó, me dijo que no la tocara, que ni le hablara; de su bolso



sacó servilletas, tomó el abono de transporte 187, me lo tiró en los pies, me aventó un llavero en forma de jirafa que le di en su cumpleaños y me gritó que no le volviera a llamar y que me fuera con mis amigas.

—Pero la estúpida soy yo por creer que no eras como todos... —apenas podía hablar, pero bien que se le entendía. Quise explicarle, aunque no sabía qué, y de plano le dije:

—Sí, salí con otra chava, lo acepto.

Llegó el metro. Un policía se acercó cuando yo estaba recogiendo el boleto 187, ella le dijo que yo la estaba molestando.

—¡Mírelo, viene borracho! —gritaba Carmen.

Le dije que era mi novia. Ella lo negó. Se metió al metro y el policía me agarró de los brazos para sacarme. Yo le aseguraba que no era cierto, que sí era mi novia y como no me quiso soltar, le dije que era un hijo de perra y no sé cuántas cosas. Al final de las escaleras ya había como cinco polis y me advirtieron que o me salía o me remitían por escándalo en vía pública.

VI

—¿Y qué hiciste después? —me pregunta Basilio.

—Pues le rogué. Hablamos en un café. Regresamos.

—¿Y Lupita?

—Cometí la estupidez de platicarle todo. Pensé que eso era lo más inteligente y que íbamos a seguir saliendo. Para nada. Decidió terminar todo, incluso las gajolotas de las cinco de la mañana y los favores al

comprarle el abono de transporte, y eso me dolió mucho. “Pura relación laboral y aquí no ha pasado nada” y me dejó hablando solo en el metro Revolución; ah, y lo peor, también me aventó el boleto 187. Por eso tengo tres: el de Carmen, el de Lupita y el mío.

—¿Y Carmen, tu novia, qué? ¿Duraron mucho?

—Nomás ese año. Trece abonos de transporte después me mandó al carajo con esos rollos de hay que darnos tiempo, esto no está funcionando, debemos mirar hacia dentro de nosotros; yo me dije: ahora por qué tan filosófica. Me cortó un veinte de diciembre de 1994, en el boleto 202. Fue mi último boleto. Y también me lo devolvió. Me dijo que era mejor así para no recordarnos y analizar nuestra relación. Qué analizar. Ella ya andaba con otro tipo, lo supe después. Si yo no lo hubiera dicho nada a Lupita, hubiera caído en blandito, pero la honestidad es una estupidez.

Basilio me abraza, me sonrío. Esta vez no me pega en el brazo. Con nuestro balón de básquet respectivo, caminamos por el parque. Todo comenzó porque me mostró una colección de abonos de transporte que encontró en su casa. Me puse nostálgico y gozoso con los recuerdos. Me pide que le cuente más historias que tengan relación con ese transporte. Le digo que le cambio la historia por los boletos, porque tengo la edad del metro (nacé en 1969), como si fuera mi espacio, como si yo fuese una metáfora de lo que dice la canción de Café Tacuba, que me metí a un vagón del metro, que “he querido salir por la puerta/ pero siempre hay alguien que empuja para adentro.” 

